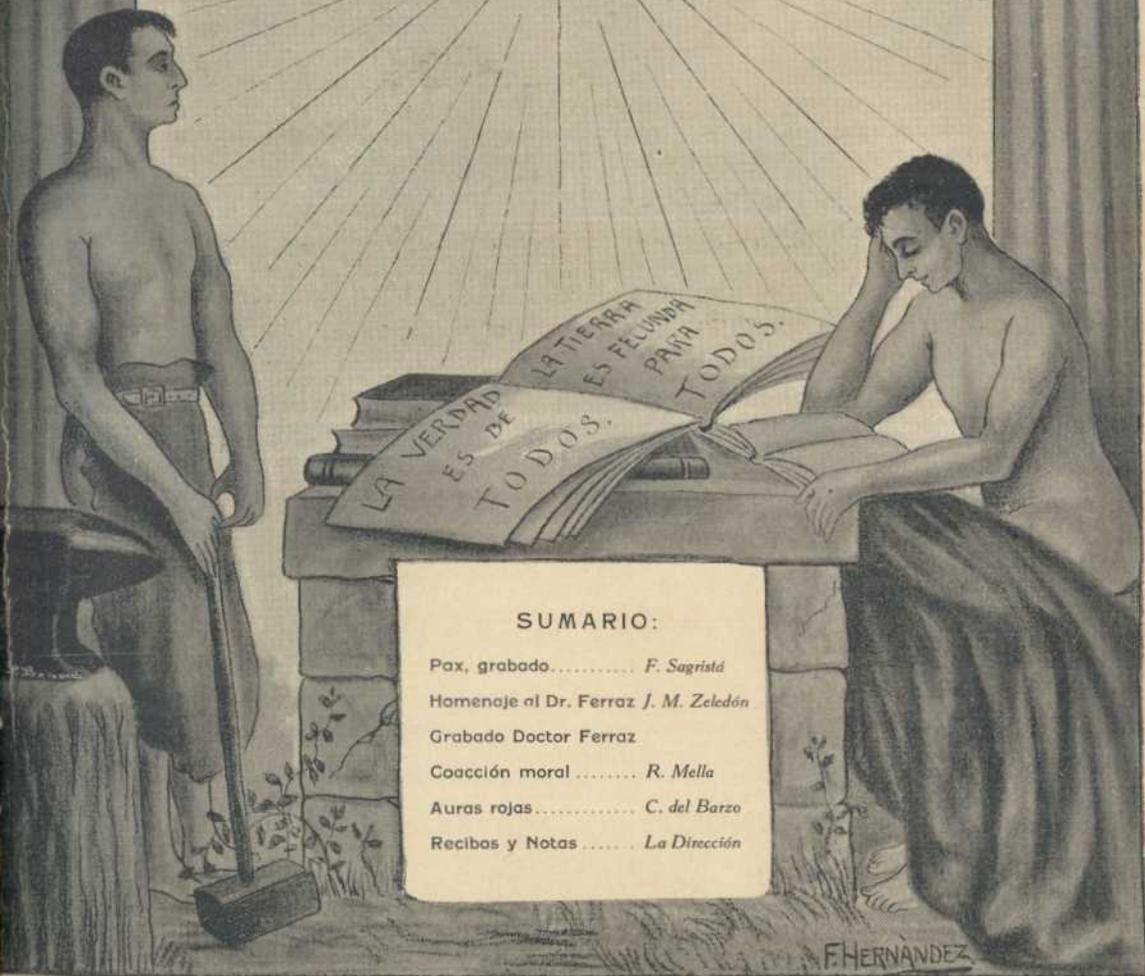


RENOVACIÓN

CIENCIA
SOCIOLOGÍA
ARTE



SUMARIO:

Pax, grabado.....	<i>F. Sagristá</i>
Homenaje al Dr. Ferraz J. M. Zeledón	
Grabado Doctor Ferraz	
Coacción moral.....	<i>R. Mella</i>
Auras rojas.....	<i>C. del Barzo</i>
Recibos y Notas.....	<i>La Dirección</i>

20 Cts.

Imprenta Moderna

San José de Costa Rica

San José, Costa Rica

— 25 de Abril de 1913 —

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA-ARTE-CIENCIA

Año III

Ricardo Falcó Mayor, Editor

Núm. 56



Paz en la tierra sobre las ruinas del Privilegio

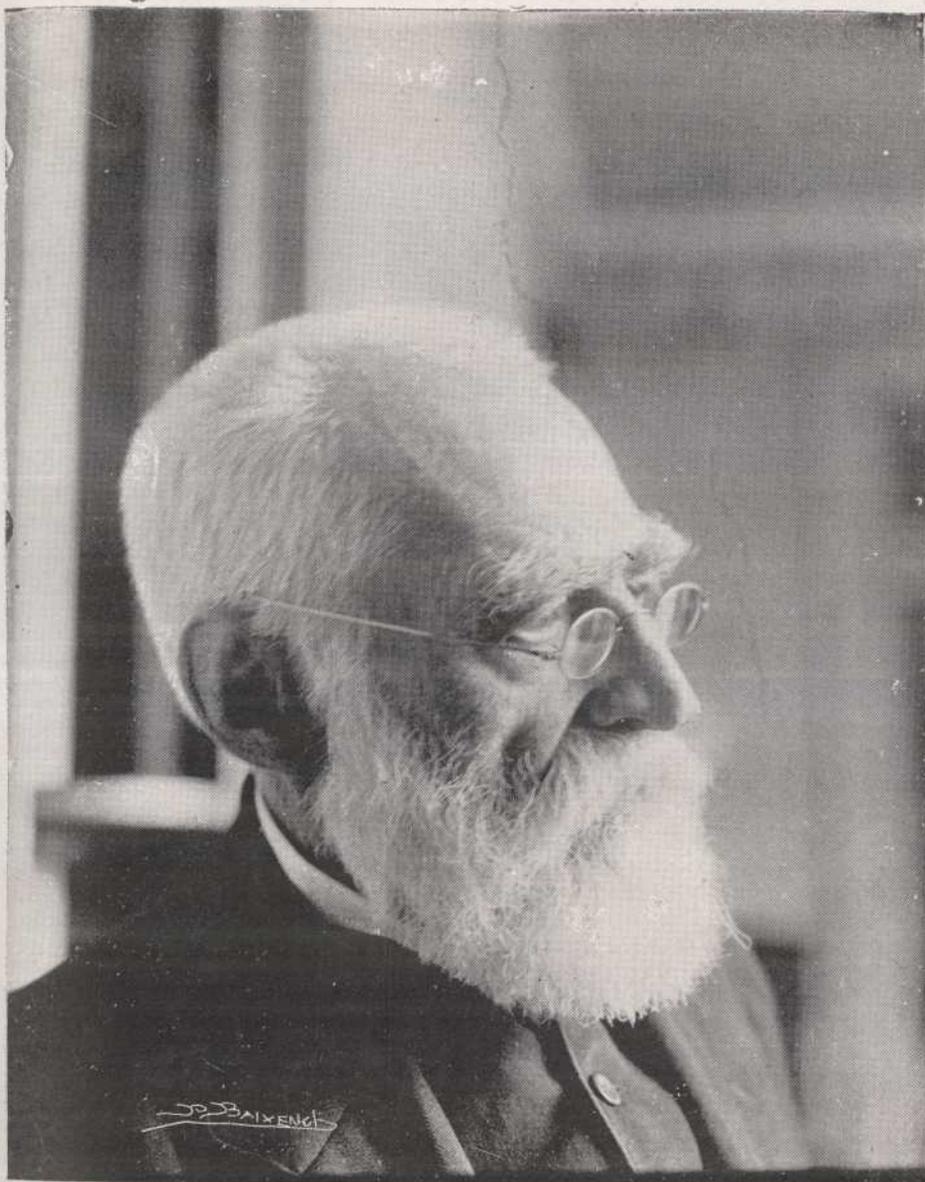
Homenaje al doctor don Valeriano Fernández Ferraz

Primer organizador de la Segunda Enseñanza en Costa Rica

Como los rebaños
que en los largos días
de sol, se refugian
bajo la alta encina
secular, que al bosque
decora y cobija;
o como los niños
que a escuchar se arriman
del anciano abuelo
las historias mismas
que de puro viejas
tienen ya sabidas,
pero en cuya amable
relación atisban
siempre, ya un consejo
dicho entre sonrisas,
ya un recuerdo dulce
de la edad florida,
ya un regaño que hace
veces de caricia
y en vez de escozores
produce cosquillas.....
Así, los que vemos
brillar esa cima
en el horizonte
lleno de ufanías
hacia el cual marchamos
en compactas filas
—combatiendo a veces
con espada de ira,
a veces cantando
bellas armonías—
hoy nos congregamos
para bendecirla;
porque ella preside
—soberbia y tranquila—
desde que se abrieron
en nuestra campiña
los primeros surcos
del saber, las giras
del patrio intelecto;
desde ella nos mira
con mirar valiente
la primer semilla
que cubrió de bosques
la pampa dormida,

que llenó de flores
la sierra bravia.
¡Vieja mole! Hierven
en su entraña viva
lavas de entusiasmo
que la edad no entibia!
Al mirar su apuesto
vigor, se diría
que un sol se levanta
donde otro agoniza
lento, prolongando
la tarde opalina
en que se resuelve
su joyante vida.
A su sombra augusta
que da a Costa Rica
timbres, los mejores
de su historia cívica,
apagamos todos
nuestras foscas lidias
para celebrarla
con unción beatífica.
Porque en esa frente
nevada y altiva
donde el viento arrulla
su larga fatiga,
dos generaciones
vieron siempre erguida
—como indeclinable,
gloriosa consigna,
que será en los tiempos
salvadora egida
cultural—, la enseña
de una fe convicta,
que hizo las jornadas
de una historia limpia.
Atalaya heroica,
vieja y pensativa
cumbre, que tu ejemplo
muchos años siga
—para nuestro orgullo,
para nuestra dicha—
siendo un bello libro
de sabiduría!

José María ZELEDON.



DOCTOR DON VALERIANO FERNANDEZ FERRAZ

La coacción moral

IV

Se nos dirá que el espíritu público induce también a grandes aberraciones, a crímenes terribles, y que los sentimientos de la masa provocan a veces tremendos conflictos y luchas apasionadas. No lo negamos. Ello servirá para reafirmar nuestra tesis.

Hoy se juzga cobarde al que no sabe vengar una ofensa. Si un hombre insulta a otro y este otro por prudencia o por otro motivo no abofetea al insultador, el insultado es objeto de las burlas y de las censuras de sus amigos. Ocurre, naturalmente, que el ofendido se envenena con la chacota de que es blanco, y probablemente busca al que le ofendió y lo golpea, y lo hiere o tal vez lo mata. En realidad, este hombre no delinquirá. La culpa es de aquellos que le sugirieron la idea de la venganza. He ahí ciertamente un efecto pernicioso de la coacción social.

Una mujer engaña a su esposo. Este, antes que pasar por el escarnio que la sociedad hará en su persona, querrá vengar la ofensa y desafiará y matará al amante. Ciertamente: otro ejemplo, sin duda alguna, tan pernicioso como el anterior.

Pero no es preciso seguir adelante. En el estado actual de la sociedad, el espíritu público está pervertido por una porción de preocupaciones y de falsas ideas de honor, de virtud, de lealtad, etcétera. Todavía quedan grandes restos de un mundo de aberraciones sin cuento. Las manchas de la honra se disuelven en sangre. El crimen es el correctivo de una

ofensa cualquiera. Esto es verdaderamente bárbaro; ¿pero de dónde procede? No poco, de la herencia que los poderes coercitivos mantienen (1). Mucho, de las leyes que se inspiran en el espíritu de venganza y en él nos educan. Para castigar al delincuente que hiere a la sociedad en sus intereses o en su existencia, se levanta el patíbulo. Para corregir el más pequeño desliz, se abren las cárceles y los presidios. Mantiénesse ejércitos en pie de guerra y se gastan millones y millones en armamentos para combatir a una nación hermana o para ametrallar al pueblo. Todas las enseñanzas del Estado están calcadas en la violencia. El cuartel, la Iglesia, la Universidad, son escuelas donde se enseña la barbarie. Y el individuo así educado imita a sus maestros. No fía a la sociedad su propia defensa. Más que todas las nociones de equidad y de moral, vale una pistola o una navaja en sus bolsillos.

El espíritu religioso de que se ha revestido al matrimonio nos ha legado, y los públicos poderes la mantienen, la indisolubilidad de la unión sexual.

Dos seres que no se aman han de vivir forzosamente juntos. El uno

(1) Aun cuando la herencia fisiológica sea una ley todavía discutida y la transmisión social de actitudes y tendencias no constituya un principio bien comprobado, nosotros empleamos la palabra herencia en el sentido de que ciertas ideas y sentimientos, ciertas inclinaciones o disposiciones permanecen invariables en el desenvolvimiento de los pueblos, porque de todos modos los hechos persisten aun cuando la teoría que los explica no se halle sólidamente establecida.

INVITACION

El Centro de Estudios Sociales "GERMINAL" invita a todos los obreros del país a dar mayor brillantéz con su presencia a la memorable Fiesta del Trabajo, que tendrá lugar el 1º de mayo.

ha de engañar por necesidad al otro, o con más frecuencia se engañarán mutuamente. La sociedad tolera el engaño, pero no el escándalo. El drama es inminente. El marido procura ante todo salvar su honra, y un asesinato es la consecuencia de la santidad matrimonial consagrada por las leyes.

Si estas aberraciones proceden de la coacción social es porque no se ha emancipado de los errores tradicionales; y no se ha emancipado porque el Estado y sus leyes, por medio de organismos de desmoralización y de espionaje, mantienen y fomentan los efectos de la transmisión hereditaria.

Individualmente todos condenamos tales aberraciones. La opinión es contraria a esos actos de salvajismo. Los argumentos surgen a montones en contra de lo que nuestra razón individual rechaza. ¿Por qué, pues, se obscurece nuestra razón y obedecemos al impulso de añejas preocupaciones? ¿Quién impide que la razón individual se abra paso?

Si desaparecieran las instituciones que fomentan la guerra; si desaparecieran las leyes y con ellas el espíritu de venganza que las informa; si el castigo no fuera la base de nuestras relaciones; si, en fin, al desaparecer las instituciones coercitivas, entráramos en una nueva vida de libertad, de amor, de expansión, de mutuo apoyo, todos los fatales efectos de lo existente no se producirían, y nuevos efectos derivados de causas nuevas vendrían a ser la característica obligada de la existencia.

Es un hecho evidente que de la lucha en que vivimos resultan los rencores, los odios, las venganzas, los crímenes por todos reconocidos; de una vida armónica, fraternal, solidaria en los intereses, resultaría necesariamente el amor, la amistad, la abnegación. Entonces la coacción moral seguiría estos nuevos rumbos, y tanto cuanto hoy, por la perversidad del espíritu público, produce

para mal de la sociedad, lo produciría luego en bien indudable de todos los humanos.

No sería ciertamente esta labor obra de un día de revuelta, resultado inmediato de una rebelión triunfante ni mágico efecto de una idea cualquiera. Sería esta gran transformación la consecuencia más o menos lenta, más o menos rápida, pero segura, del natural y libre desenvolvimiento de los sentimientos públicos, de los nuevos hábitos adquiridos en el ejercicio de la libertad, de la igualdad y de la justicia, pues ya suceda, como dice Ribot, que "las ideas están siempre al servicio de las pasiones, pero se parecen a los amos, que obedecen creyendo mandar", ya, como asegura Tiberghien, que "la vida del corazón está bajo el influjo de la vida de la inteligencia", o finalmente, según Huxley, que "a despecho de las aserciones de las gentes positivas, el mundo está gobernado, después de todo, absolutamente por las ideas, y con frecuencia por las ideas más extravagantes y más temerarias", no se puede negar que a la larga las ideas modifican tan radicalmente el sentido público, que acaban por sojuzgar las pasiones, imprimiéndoles nuevos rumbos y por transformarlas completamente bajo la influencia de sus prácticas.

Una última objeción que pudiera hacérsenos, viene contestada de antemano por la ciencia. Se ha demostrado, principalmente por Darwin, que el cambio de condiciones influye soberanamente en el organismo físico. ¿Cómo no han de influir en el organismo moral, que no es sino la expresión de aquél? Todas las condiciones cósmicas, climatéricas o de localidad, determinan en los seres vivientes modalidades características, reafirman o modifican su peculiar idiosincracia. Física y moralmente, el hombre es tanto un resultado de sí mismo como del medio total en que se desarrolla y vive. ¿Se pretenderá que sólo escapa a las in-

fluencias del medio económico, político, religioso, social, en fin? ¿Se pretenderá que las ideas y los sentimientos de los hombres son una excepción de la Naturaleza? Crecemos más o menos según múltiples condiciones atmosféricas, orográficas, etc.; somos más o menos fuertes según el clima, la situación topográfica, el alimento asimilado; tenemos ideas de moral y prácticas de vida según caminamos al Norte y corremos al Mediodía; se desenvuelven nuestros sentidos según el mayor o menor uso que la necesidad nos impulse a hacer de ellos, ¿y querríamos permanecer indiferentes en plena comunidad o en pleno individualismo, sometidos a las más diversas coacciones de la fuerza o libres en todos nuestros actos?

Las instituciones coercitivas no hacen sino contrarrestar los efectos de la coacción moral. Ellas nos inclinan a la perversión, ellas nos hacen tal y como somos. El castigo, la pena, que es todo lo que nos ofrecen como paliativo, no han restado jamás ni una sola unidad a la suma total de venganzas, odios y crímenes que son el producto de un medio social deprimente.

Los hechos nos dan la razón contra las opiniones corrientes; los hechos han inspirado a Spencer estas palabras, de una sinceridad indiscutible:

“¿No se tiene por evidente que en los casos de alienación mental, el único remedio consiste en suplir una represión exterior enérgica a la coacción interior que llega a ser demasiado débil? El sistema de la libertad resulta, sin embargo, mucho mejor que el de la coacción de fuerza. El doctor Batty Tuke, médico alienista muy hábil, afirma que el instinto de evasión es muy pronunciado cuando se recurre a los cerrojos y a las llaves, pero que desaparece casi completamente desde el momento que se le suprime: el sistema de las puertas abiertas ha

dado el resultado en 95 casos sobre 100 (*Journal of Mental Science*, Enero 1872). Otra autoridad en materia análoga, el doctor Maudsley, nos ofrece una nueva prueba de los males que causan frecuentemente las medidas llamadas curativas en los convertidos en locos por el Hospicio.

“¿No parece asimismo de sentido común que la represión del crimen será tanto más eficaz cuanto más severa sea la pena? La gran reforma del Código Penal inglés comenzada bajo los auspicios del Romilly, no ha sido seguida, no obstante, de una recrudescencia del crimen. Es lo contrario lo que ha ocurrido. Los testimonios de los hombres más competentes, Maconochie, en la isla de Norfolk; Dickson, en la Australia occidental; Obermier, en Alemania; Montesinos, en España; todos están de acuerdo sobre este punto: cuanto más se reduce la penalidad impuesta al criminal a los límites necesarios para la seguridad social, mayor es el progreso, que excede realmente toda esperanza.

“A los ojos de los profesores de las pensiones francesas, no se puede obtener buena conducta de los escolares más que por medio de una disciplina rigurosa, auxiliada por un sistema de espionaje; pero cuando vienen a Inglaterra se quedan estupefactos al ver que los escolares a quienes se deja en cierta libertad, se conducen infinitamente mejor que los otros. Diré más: según lo demostró Arnold, la conducta de nuestros colegiales se mejora en proporción de la confianza que se les dispensa. La naturaleza humana constituida en corporaciones, presenta las mismas anomalías. Se admite generalmente que las trabas de la ley impiden por sí solas que los hombres se entreguen a actos de violencia con sus semejantes; ciertos hechos deberán, sin embargo, conducirnos a modificar nuestra suposición. Las deudas llamadas de honor son más respetadas y se las conside-

ra más sagradas que las deudas reconocidas y sancionadas por la ley; en la Bolsa algunas notas escritas con lápiz en los carnets de los agentes de cambio, bastan para hacer constar transacciones que ascienden a cantidades enormes, y esos contratos son más respetados que los convenios escritos en pergaminos sellados y rubricados."

Todo concurre, observaciones y hechos, experiencias y raciocinio, a la conclusión por virtud de la que la pena, las instituciones coercitivas, la ley, etcétera, sirven simplemente para engendrar graves trastornos sociales, mientras los métodos de la libertad, la obra espontánea del espíritu público, nos conducen en derecho al establecimiento de la paz y del bien.

En las sociedades humanas la evolución de las costumbres, de las ideas, de los sentimientos, ha sido siempre impulsada por el espíritu público que, si al principio es reactivo a admitir modificaciones y reformas, producto constante de individuales iniciativas, bien pronto se identifica con ellas y las realiza haciéndolas suyas.

Los poderes religiosos y civiles han sido siempre elementos retardatrices de la evolución.

¿Qué debemos creer en vista de estas pruebas? Que para vivir en sociedad no se necesita otro poder que

el que resulta de la mutualidad de nuestras influencias, del cambio de nuestras opiniones y sentimientos, que en conjunto forman lo que llamamos coacción moral, el más universal y el más respetado de los poderes, por lo mismo que no se individualiza en nadie ni se encarna en ninguna entidad metafísica o real.

Para nosotros, que negamos todo poder constituido, toda institución autoritaria, es indudable el imperio indiscutible de la acción colectiva difundida en todos y cada uno de los hombres.

Ya sabemos que los espíritus preocupados, las inteligencias atrofiadas por la contemplación de lo existente y por la rutina religiosa, nos negarán la sal y el agua aun después de los hechos consignados y de las consecuencias que de ellos se derivan. Pero nosotros no escribimos para esas momias humanas, incapaces de toda sensación cerebral, ni ejercemos de sabios, que harlo es para nosotros difundir las verdades por otros conquistadas. Escribimos para la masa común que carece de bastantes datos para afirmarse en lo que instintivamente presiente. Escribimos, en fin, para los trabajadores asalariados y para los que, sin serlo, están dispuestos, por la bondad de sus sentimientos, a ponerse al servicio de la humanidad.

Ricardo Mella.

Auras rojas ¹

(Extracto)

I

Mateo Fiacrán, era un alma triste. La soledad de su vida marcó en ella un gesto amargo de desconsuelo.

Crecido en el dolor, lo sorprendió la vida en su fatal amargura, y la reflexión se encargó de descender el velo de sus ilusiones de adolescente, como un fantasma maligno.

De allí que a los dieciseis años fuera un pesimista que no veía sino el lado doloroso, el lado triste de la existencia, a pesar de que su imagi-

(1) Por falta de espacio, nos vemos obligados a recortar y a dividir en 2 partes esta composición. ¡Que el amable amigo del Barzo se sirva perdonarnos!

L. D.

nación ardiente y apasionada pug-nase por buscar horizontes ficticios, para gozar a solas ante el gran panorama de la naturaleza, de los bellos trasportes del ensueño.

Y así, ante la inmovilidad estática de los paisajes, en muda contemplación de la naturaleza exuberante y lujuriosa, se iniciaba, la disociación desesperada, entre su agresividad mental y su sentimentalismo dócil a todas las emociones y a todas las amarguras.

Y fué en esa lucha de cerebro y corazón, en la borrasca fluctuante e indecisa, entre el sentimentalismo medroso y su mentalidad agresiva, que supo erguirse ante el dolor del alma, para interrogar a los fantasmas de sus penas que le cerraban en silencio los horizontes de una vida que él quiso libre y feliz, de armonía y de amor.

Y fué allí, en esa soledad, ante esa floración de vida y esparcimiento, donde más de una vez, a la caída de la tarde primaveral, cuando en postreras palpitaciones, el sol se sepultaba en apoteosis de colores, sus nervios agujijonearon sus carnes adolescentes, y el instinto le dijo extrañas sinfonías.

* * *

..... Y así, entre irritado y cavi-
loso, iba camino del hogar modesto,
a buscar la compañía de sus insepa-
rables, de sus amigos y consejeros,
alineados sobre su armario como
mudas interrogaciones.

Ellos, como brújulas de sus refle-
xiones, habían encausado la tristeza
de su vida agresiva y meditadora.

Ellos, habían fortalecido sus pa-
siones, sus ansias, sus anhelos. Re-
fuerzos cariñosos de sus ideas, tem-
plaron el resorte formidable de su
voluntad y lanzaron al rebelde con-
tra las trincheras inexpugnables del
error ambicioso de heroicidades y
de éxodos.

Y entonces fundó su periódico de
batalla. Y su prosa agresiva y viru-

lenta, vibraba como un grito de
orgullo altanero y osado, con todo el
estremecimiento de sus pasiones,
con las confusas borrascas de su
alma visionaria.

* * *

Convaleciente el país de una con-
vulsión revolucionaria, la vida na-
cional parecía normalizarse a la
sombra del caudillo que las aberraciones populares aclamaban como
libertador.

Y el acaparador de los afectos
inconscientes del populacho había
escalado el poder sobre los cuerpos
mutilados de tres mil infelices, pro-
clamando una restauración que no
fué sino la sucesión de las desver-
guenzas y rapacidades de la horda
agresiva derribada.

Un gesto de violencia descendía
desde las alturas gubernamentales.
Y los viles subterfugios de un tinte-
rillo tartufo eran el arma esgrimida
para castigar la osadía de los escri-
tores que hicieron vibrar su verbo
de ruda, de atacadora altanería.

Y ese regenerador convirtió al
país en una leprosería. Frailes y
monjes, comopústulas malignas, iban
llevando por doquier el contagio
malsano de un fanatismo enfermizo,
poblando la sombría soledad de las
almas con los fantasmas de la fe
dogmática.

Mateo Fiacrán midió su pequeñez
ante el multiforme enemigo y vió a
los pueblos como esclavos impasi-
bles, en brazos de la inercia, ser
pasto de la rapacidad y juguetes de
los sórdidos apetitos de la sotana
altanera y audaz.

Vió esa sotana erguida como un
trapo ruin, chorreando lujuria y
sangre, presidir las agonías, la muer-
te moral de ese pueblo atado al ca-
rro de un caudillo que era un mona-
guillo con gorro frigio, un cerebro
de juglar con alma de inquisidor.

Y pensó que donde hay pueblos
de rodillas hay almas serviles y ab-
yectas.

No hay cabida para la libertad, donde la razón es desterrada por los estrujones de la demencia y los punapiés de la hipocresía.

* * *

Y, mientras el demagogo reinaba, las manadas eran pasto de los lobos clericales, que desde los púlpitos afianzaban el dominio de su hombre, por que bajo su poncho de montonero endémico, la carabana clerical podía gozar en la noche insoundable de esas almas.

La ola fangosa derramada de parroquias y conventos se unía a la avalancha de frailes expulsados que llegaban del viejo mundo, invadiéndolo todo, amenazándolo todo, ple-tóricos de rencores y de osadías.

¿Cómo no intentar ser barrera para la ola purulenta? Cómo no hacer vibrar el verbo que asemeja a un clarín para llamar a la cruzada libertadora, en medio del egoísmo y cobardía de los unos, de la abyección e ignorancia de los otros!

Uno sólo era el camino para los espíritus fuertes, para los espíritus forjados en el yunque de los heroicos valores, para los que no han doblado las rodillas ante los dioses, ni la cerviz ante los hombres: dejar a los cobardes y a los egoístas en la desolación de sus vilezas, e ir a la lucha, con el corazón rebozante de vida, de ardiente y generoso entusiasmo.

Y, Fiacrán, señor de sus deseos, espíritu fuerte, fué a la lucha, a la lucha que templa y dignifica, con la pequeña porción osada y valerosa que exponía sus nuevos valores, ante el hacinamiento de bastardía que formaban esa democracia prostituida, abyecta y fanatizada....

* * *

Fué en medio de esa lucha generosa, de ese lirismo heroico por los derechos y reivindicaciones de los desheredados; en medio de ese estremecimiento pasional, que Fiacrán conoció a Soledad.

Blanca, pálida, su hermosura de soñadora estática, la acentuaban sus ojos tristes, tristísimos, llenos de fulguraciones y misterios, coronados por una cabellera negra, formando el conjunto de seducción que impresionó el alma del luchador.

Esos ojos la embellecían con todo el fulgor de su soberbia melancólica; inmovilizados, fijos, iluminando una nariz perfilada y una boca desdeñosa en la que vagaba un gesto perpetuo de desprecio y de distinción, de melancolía y resignación, como si condensase toda la infinita dulzura de su pasado de niña y la tristeza misteriosa de su porvenir de mujer.

Pobre, sencilla, sin atavíos complementarios, su mirada dominadora y triste era el sol de su belleza.

El despotismo encantador de sus maneras hacía contraste llamador de interrogaciones insistentes con la modestia de su vida y de sus hábitos.

Y ese contraste fué un atajo para los miedos adolescentes de Fiacrán.

Su corazón, envejecido por el dolor, era virgen para el amor.

Los saludos y el mensaje tiernísimo de sus miradas fueron las primeras transmisiones de afecto a esa niña que, como una esperanza, se cruzaba en el camino espinoso de su existencia.

Ella dulcificó sus impulsos, sus ideales de humana venturanza. Le hizo comprender que la redención de su sufrimiento estaba en el amor, pendiente de la virtud de esa alma, de esa boca de mujer, que era la claridad que disipaba la sombra, la tristeza de su vida, con femenil perfume.

Y fué después de muchas noches de insomnios desesperantes que trazó la amorosa misiva, como una queja y como una imploración. Todo el sentimentalismo de su alma apasionada, fué comunicado en los vocablos más sentidos de su estilo. Fué como un himno de amor y de dolor: la primera ofrenda en los altares del ídolo.

Se sucedieron los días y este amor llenaba su vida, en ansiada espera.....

* * *

Al resplandor de la mañana indecisa los amantes eran ya compañeros.

Y el amor, hecho carne, dulcificó las amargas del luchador.

Y los dos dolores, fundiéndose, hicieron la alegría, que retozaba en la buhardilla, antes sola y tétrica del cantor de esperanzas y rebeldías heroicas.

Y triunfó la voluptuosidad de la vida, desterrando al dolor, ese fantasma de la soledad de los corazones.....

* * *

—Déjala, Fiacrán, debes ser fuerte, debes ser hombre.

—Sí, buen Héctor, precisamente por ser hombre es que no puedo dejarla. Tú no sabes la gran influencia que ejerce en mi vida esa mujer. Sus ojos misteriosos, llenos de ternura angelical y de picardía satánica son un estímulo para mi vida luchadora: son el fuego que la alimenta.

—No acepto esas renunciaciones, hijas de la debilidad. Que anheles conservar cadenas que te aprisionen, apéndices a tu individualidad, en otro sería disculpable, en tí, Fiacrán, es condenable. La sensualidad que te consume tu la crees fuego que te alimenta, cuando te extingue fatal y tristemente.

—No hables así, querido. Oye y medita. Todo no debe ser condenación en nosotros. Justo es que tengamos un paréntesis de sano, de tierno esparcimiento, una hora de amor, después de tantas de sacrificio y de lucha. Bueno es, cuando torneos de combate de la tribuna o de la barricada, encontrar un lecho tibio, brazos que nos enlacen cariñosos y besos dulces, dulcísimos que serenen nuestras frentes pensadoras, caldeadas con las llamas de nuestras

ideas de belleza, de armonía, de libertad!.....

—Sí, hombre, sí; bueno es, después de perorar de liberación y de grandeza, entregarnos á nuestra pequeña tirana, para que nos coloque la cadena de su cariño y, no conforme con aprisionar nuestros cuerpos, aprisione nuestra alma también dulce, tiernamente.

—Sí, dulce y tierna confortación—dijo Fiacrán, suspirando—pero de ningún modo aprisionamiento. ¿Por qué hacernos refractarios al amor, por qué no dejar que nuestro corazón se inunde en el mar infinito de la ternura, cuando hay un alma que se funde en la nuestra, ante una Naturaleza que es una perpetua floración de amor: que es vida que se expande ante la suprema indolencia de las cosas?

Ah! la lucha! La lucha es triste y grandiosa: pálida y fría.....

Y calló, mientras su mirada seguía la espiral que formaba el humo del cigarrillo, como evocando sus horas pasionales, esas horas que pudo robar a su vida de combate y agitación, a sus libros y a sus cuartillas, únicos compañeros de su soltería triste y dolorosa, allá, en el cuarto frío y tétrico, que ahora alegraba ella, con la melodía de sus risas y el perfume de su aliento.

Y, como despertando ante esa evocación consoladora, como si fuese su corazón el que hablase, continuó:

—Tú no sabes de mi vida ni de mi amor; tú no conoces el poema triste, tristísimo que unió nuestras vidas dolorosas; tú no puedes condenar, querido mío, porque sería cruel tu condenación; crueles tus apreciaciones; serían fúnebres alaridos en la trágica muerte de mis esperanzas.

Une el amor al dolor; concibe dos dolores que se aman; imagínate dos ramas tronchadas por el huracán de la iniquidad social, que al caer se entrelazan y se funden y tendrás esa unión que hoy quieres que rompa, en

nombre de una liberación que no liberta, en contra de una maniatación que no maniatada.

Bueno es que luchemos contra los prejuicios, pero no luchemos contra los sentimientos!

Bueno es sentir un amor infinito por la humanidad que sufre y que nuestro anhelo justiciero se torne en un amor solidario. Pero, que quede un rinconcito para el cariño único; que en el fondo de todos nuestros afectos levantemos un altarcito de oculta, de pura adoración a nuestro ídolo minúsculo, a la mujer que comparte con nosotros dolores, esperanzas y, con ellos, la hora infinitesimal de placer y de caricias que son a la manera de un pequeño oasis en el desierto del sufrimiento y de la desolación.

Sí, déjame amar; amemos a la mujer que es bálsamo que cauteriza nuestras heridas; que es el ser dulce y dadivoso que calma la mendicidad de nuestras almas; que embellece el espacio incommensurable, cobijándonos a los hombres, fantasmas miserables de dolor, de odio y de miseria, bajo el cálido abrigo de su cariño, ora como madre, otra como amante, cuando nos tiene en su vientre o cuando nos entrelaza en sus brazos, como una cadena aromática, saturada de infinitas delicias, de delicias inefables.

Nada más venerable que la mujer, querido: ella es la sonrisa de la vida, el perfume del ensueño!

Bebamos la incomparable dulzura de sus generosos labios y embriaguémonos de delirios ante las ardientes miradas que compendian todas las emociones, las esperanzas todas!

Glorifiquémosla, pues, como la flor más preciada de la existencia, cuyo perfume encanta y aromatiza el mundo!

Tú no sabes, querido, lo que es amar después de una adolescencia de pesares; cuando el dolor es una verdad que marca sus mordeduras en nuestros corazones; cuando en

medio de ese crepúsculo sin horizontes emerge una constelación como una esperanza; y esa constelación es un corazón que ama, unos labios que besan y un cuerpo que crepita en frémitos de pasión devoradora.

¡Oh! No me hables de trucidar la vida. La vida fuera del amor es la muerte!

—Pobre amigo! Si tu entusiasmo ha puesto en tus frases todo el fuego del mal que te devora, me lo explico, porque toda pasión es una red y todo maniatado en los lazos del cariño cree beber el néctar de los dioses, de los labios de la mujer que lo engaña con sus palabras, lo seduce con sus sonrisas y, por fin, lo enerva hasta con los estremecimientos de su carne sacudida en espasmos voluptuosos.

Y tú, un espíritu libre, crees esa ficción perdurable y definitiva! Tú, por miedo a la soledad, amas y veneras las cadenas que maniatan, porque esas cadenas son brazos perfumados, carne tibia. Porque esa carne habla y te miente; porque esa carne ríe y te halaga; porque esa carne goza y te aniquila; y el desgaste de tus energías, la triste declinación de tu individualidad, tú los descifras amor, tú los disfrizas gratitud.

* * *

Mateo Fiacrán salió del café presa de triste demencia; las palabras de su amigo eran tormentosa tortura para su corazón enamorado. Y sintió cólera, una cólera incontenible. Lo consideraba un enfermo, indigno de ese extásis divino, de esa explosión gloriosa de los corazones: el amor.

Y se fué camino de casita, allí donde estaba su Soledad, para ahogar su desagrado y olvidar sus amarguras con besos dulces, incomparables.

Su amor era su orgullo, y afrentárselo así era para Fiacrán imperdonable. Pero, un estremecimiento sacudía su cuerpo, y su corazón tre-

pidaba en palpitaciones desesperadas. La duda se empeñaba en la obra de derrumbamiento.

Y tendió sus brazos, como invocando en silencio a los mudos fantasmas de sus penas, ante la inclemencia de los cielos. Su espíritu vagaba en la atmósfera brumosa de sus dudas; y su corazón de amante martirizado, se desgarraba con las crueles mordeduras de los celos.

Su estructura moral sufría las sacudidas de sus cavilaciones. Las frases de su amigo eran una sugestión extraña, que robaba la tranquilidad a ese espíritu, siempre sereno ante los crueles embates del destino; tiempo há sordo a las pasiones generadas por prejuicios inestables.

Sus auto-sugestiones eran impotentes contra las inquietudes de su corazón, que ansiaba la brusquedad concluyente de lo real, y no la duda cruel y matadora de lo posible, la agonía de lo incierto.

Quizás Héctor había notado algo que el velo del amor no le dejaba ver a él; y reflexionó:

—Acaso la posesión que todo lo empequeñece, la saciedad que todo lo degrada, el cansancio y el tiempo que todo lo devoran han empezado su obra de exterminio en el cuerpo y en el alma de Soledad?

No. Hay siempre en la existencia de la mujer iniciada en la vida sexual, una época de celo, en que lo olvida todo por el hombre que la inició en el supremo placer.

El era joven; él llenaba el noble

fin del amor, como función fisiológica ligada al vigor del organismo y como afecto espiritual; él había sabido inspirar y sostener la pasión ardiente que, embriagando, subyuga y convierte a la mujer amada en rendida y satisfecha esclava.

¿Qué era entonces?

Y como si un oleaje de serenidad refrescara el incendio de sus cavilaciones, se le escapó una sentencia como un suspiro: La vida es una perfidia.

Y siguió camino de casita, recorriendo el sendero que antes devoraba, anhelante de impresiones voluptuosas, de alegrías contagiadoras, como un reo camino del presidio, como un predestinado camino de lo irreparable.....

La noche lo envolvía en su lobrete saturada de secretos maravillosos, de los que surgían sonidos de tristezas lúgubres; melancolía intensa que conturbaba todos sus afectos.

Y, a paso lento, como marcando el ritmo interno, siguió como una sombra.....

Parecía que hubiera enmudecido el verso de un himno, y la sombra enfermiza del dolor sofocara la alegre carcajada de la mañana sonriente de la vida.

Es que las almas abrazadas a una pasión viven de ella, se absorben en su culto; ir contra ese culto es aniquilarlas.

Carlos del Barzo.

Continuará

Recibos

La Revista de América.—Hemos recibido el número de marzo. Muy interesante. Veamos algunos trozos:

Habla **Ventura García Calderón** de "La vida de París":

"Hacia 1830—decía Taine en 1867—se amaba al tísico exaltado; hoy gusta el mocetón positivista. Después del reino de los nervios, el del

músculo." La frase puede repetirse con ligera variante. El mocetón es musculoso pero ya no positivista. Ha hallado dos certidumbres: la religión y la patria—el altar y el trono, como decían nuestros bisabuelos. Los autores de las **enquetes** están conformes en notar que renace el catolicismo en la juventud y

los poetas nuevos siguen las procesiones aldeanas, como Francis James, con un cirio encendido. Dios se ha convertido en cuestión de última hora. Y el librepensador que comía cura en el desayuno, parecerá en breve un contemporáneo de la edad de las cavernas.

Es natural. Suprimida la duda metódica, se regresa a Canosa dulcemente. Esta juventud que juega **cricket** no tiene tiempo de discutir verdades teológicas: acepta en bloque los misterios y los dogmas como las reglas de un juego divino. El mozo linfático no será ya bachiller, pero tendrá formas de Apolo; no manejará el diccionario de la rima, sino el guante de badana para asestar un **uppercut**. Tal vez Francia en un día muy lejano no tenga Pablos Verlaine ni Anatolios France, pero en los concursos para campeón del mundo, los sucesores de Carpentier dejarán privado al inglés más bovino y al negro más orangután.

* * *

Trata **Jean de Gourmont de La Ordenación**, discutida novela de M. Benda:

La inteligencia, una vez aislada de la vida afectiva, no es más que una máquina para desmenuzar las ideas de los demás, pues todas las cosas, aun las ideas abstractas, entran en nuestro espíritu al través de los sentidos. M. Benda escribe que la sensibilidad es el verdugo de la idea. De modo que, según él, hay la vida intelectual y la vida afectiva, que no pueden mezclarse, y el trabajo del filósofo es una meditación cerrada. No, el verdadero filósofo no es el que se encierra en su biblioteca al abrigo de todo golpe afectivo, sino aquel que se ha dejado invadir por todas las curiosidades y todas las pasiones. Yo quisiera insistir de preferencia—y en oposición a la tesis de M. Benda,—sobre esa facultad de egoísmo que preserva a los hombres superiores de toda herida mortal o

aniquilante: jamás un hombre superior se ha sacrificado por un sentimiento, sino que se ha enriquecido a expensas del mismo. Puede, pues, contestarse a M. Benda que su pobre filósofo, por ser incapaz de egoísmo tampoco es digno de nuestro interés; hasta llegamos a despreciarlo un poco. Y nada nos importa que sacrifique su obra al cultivo de sus sentimientos: eso significa que su sentimentalidad es más fuerte que su intelecto. ¡Ah! ¡cuán ligera hubiera sido para un Goethe o para un Espinosa la enfermedad, y aun la muerte, de su mujer o de su hija! A buen seguro que hubieran filosofado con serenidad. Las obras más pujantes, Sr. Benda, no han sido compuestas con serenidad, sino más bien entre lágrimas, y a menudo también en mitad de la angustia de un amor o de un afecto doloroso. Basta citar a Pascal y recordar que Goethe durante su vida entera jugó a los juegos del sentimiento. Mas no olvidemos que M. Benda es de la raza de Espinosa, y que sin duda para los pensadores de dicha raza hay incompatibilidad entre las facultades intelectuales y las afectivas.

* * *

Aquí está un trozo de **José Francés** que firmaríamos con mucho gusto:

Recordando los títulos de obras anteriores de Miguel de Unamuno, no se recuerda de ninguno tan exacto, tan representativo, tan adaptable al temperamento y la literatura del rector de la Universidad salmantina, como el de su última colección de crónicas y críticas: **Contra esto y aquello**.

Efectivamente. Unamuno siempre escribe contra algo o contra alguien. Su prosa es de combate; sus ideas también. Hasta el extremo, que las ideas y la prosa de Unamuno, cuando no tienen enemigo exterior lo buscan y si no lo encuentran se pelean entre sí, y de ahí nacen las

contradicciones enormes, el negar hoy lo que ayer se afirmó, y el presentarse de distinta manera en dos libros y a veces en dos crónicas consecutivas.

Es que Unamuno, temperamento inquieto y originalísimo, necesita protestar siempre, atacar siempre y discutir en toda ocasión. Nacido en otra época hubiera sido de aquellos rebeldes, turbulentos, insujetables, que aceptaban todas las banderas y defendían todos los derechos por el gusto de pelear y de mojar sus aceros en sangre ajena.

Nacido en esta época de prosa, del colectivismo y de las literaturas preocupadas por un fin social, Unamuno desahoga su idiosincracia confesándose tan pronto místico, como escéptico; militarista, como enemigo de la guerra; amante del clasicismo, como furibundo enemigo suyo.

El caso es tener algo o alguien a quien atacar. Por eso este libro **Contra esto y aquello**, es un gran acierto de título.

¿Y de obra? ¡Hum! De eso habría mucho que hablar. Un hombre como Unamuno no puede tener aciertos

absolutos, sino aislados, fragmentarios. Lo que sí puede afirmarse es que resulta siempre ameno y entretenido.

Contra esto y aquello es una colección de artículos de crítica literaria escritos con cierta orientación hispanoamericana, puesto que a un periódico de América fueron dirigidos antes de reunirse en un tomo.

Por lo tanto, en esta colección de ensayos hay algunos muy interesantes para los americanos. Sobre todo los titulados **José Asunción Silva**, **La imaginación en Cochabamba**, **De cepa criolla**, **Sobre la argentinidad**, **La ciudad y la patria** y **La epopeya de Artigas**.

Sería curioso analizar con más tiempo y mayor espacio la preocupación hispanoamericana que padecemos actualmente los escritores españoles. A unos les obliga a cruzar los mares en busca de dinero, a otros les impulsa a estudiar desde lejos sus hombres y sus literaturas y a todos a sentir una gran curiosidad y no poco cariño por los que todavía hablan a la emoción, al arte y la ciencia con palabras españolas.

Notas

La Atlántida.—Desde hace unos 15 años, las cuestiones relativas a la famosa tierra de este nombre vienen siendo tema de numerosas publicaciones, unas científicas, otras más o menos puramente poéticas. Entre éstas, las de Emilia de Villers (**Las almas del mar**, 1911) y de Eduardo Schuré, citado ya otra vez en esta revista. Condensamos hoy en dos palabras la conferencia del Director del Servicio de la Carta Geológica de Francia, **P. Termier**, el 30 de noviembre último:

¡Libres los amantes de bellas leyendas de creer en la historia platónica de la Atlántida! La ciencia, la más moderna ciencia no verá en ello

un crimen. Más aún, a creer les invita, por mi boca. No es posible ya no pensar en los bruscos movimientos de la corteza terrestre y, entre ellos, en el aterrador fenómeno de la violenta desaparición de una enorme isla o porción de continente, hundido bajo las aguas a millares de metros de profundidad. Que tal fenómeno se haya producido y aun repetido varias veces durante los últimos períodos geológicos y que haya alcanzado a menudo una amplitud gigantesca, es cosa que ningún geólogo tiene derecho a dudar.

La agricultura es ciertamente la rama de la actividad humana que

más aumenta el capital de energía mundial. Esforzándose por obtener cosechas abundantes de cereales, de textiles, de azúcar, de pastos, etc., favorece la captación de una energía extraterrestre y que no cuesta nada, la energía solar, origen de todas las formas de energía utilizadas por el hombre.—Perfeccionar la Agricultura, forzar el suelo al máximo de rendimiento, es, pues, bajar el precio de los alimentos, aumentar la potencia humana, facilitar el dominio de la materia y la liberación de la inteligencia.

Con estas grandes palabras cerró **Gabriel Bertrand** (prof de la Sorbona y del Instituto Pasteur) su conferencia en el VIII Congreso internacional de química aplicada (New York, sept. 1912). Con el alto prestigio que le han dado sus brillantes descubrimientos personales acerca de las diastasas o fermentos oxidantes de naturaleza casi mineral, demostró en dicha conferencia el papel que hacen en el suelo ciertos elementos (manganeso, zinc, boro, etc.) de que sólo se encuentran trazas en las sustancias vegetales; pero no por ello menos importantes a la vida de la planta que los elementos abundantes (hidrógeno, oxígeno, carbono, nitrógeno, etc.). El problema agrícola entra, agregamos nosotros, en el cuadro de todos los otros grandes problemas científicos. Cada día que pasa, vemos simplificarse la concepción general y complicarse el conjunto de operaciones de detalle, facilitarse la enseñanza y dificultarse la práctica. Los cuidados que el hombre tiene que prestar a la planta son, en sus grandes rasgos, de la misma índole que los exigidos por el animal: hay que atender a la semilla y al medio en que va a desarrollarse. Este medio debe reunir ciertas condiciones físicas (de luz, de temperatura, de porosidad, etc.), debe ofrecer en forma y cantidad apropiadas ciertos elementos químicos y ciertos factores

sociales (microbios de la simbiosis vegetal, etc.) y debe arreglarse además de modo que no se acumulen en él los productos mismos de la vida que se quiere favorecer.

Pierre Loti ha estado defendiendo á Turquía en **Le Figaro**. Oigamos bien algo, nos hará mucho provecho:

¡Nada puede indignar más que el ver cuán desconocidos son los turcos, cuán insospechados—diría—, por todos los occidentales que jamás han puesto el pie en aquel país! Vengo de América y allá sucede lo mismo que aquí: al hablar de los turcos, se dice corrientemente “hordas de Asia”, “bárbaros”, etc. Pues bien, yo no creo que haya en el mundo una raza más verdaderamente buena, honrada, leal y dulce. Tengo que hacer una excepción, por desgracia; tengo que exceptuar a los que han sido educados en nuestras escuelas y gangrenados en nuestros bulevares: éstos, que llegan más tarde a ser los funcionarios, no los meto en cuenta. ¡El pueblo, el verdadero pueblo, los pequeños burgueses, los campesinos, no hay mejor! Que se pregunte a cuantos hemos vivido en Oriente, aun a nuestros religiosos y sacerdotes, tan respetados allá; que se les pregunte a quienes prefieren o estiman más, a los turcos o a los servios, búlgaros y demás cristianos levantinos: yo sé de antemano la respuesta. Todos sostendrán que esos búlgaros—admirablemente valientes, lo reconozco el primero—que avanzan cantando el **Te-Deum** y al son de campanas de iglesias, son una raza infinitamente más brutal y asesina que la raza musulmana.

Es posible ser hombre de ciencia y ser supersticioso a la vez. Todavía más: el ejercicio de ciertas profesiones científicas inclina a la superstición. El médico, v. gr., se halla incesantemente forzado a resolver problemas de extrema dificultad y en

cuya resolución no puede, hoy por hoy, entrar la ciencia sino por $1/3$ o $1/4$. Los otros $2/3$ o $3/4$ son obra de intuición o adivinación o poesía, como quieran ustedes decir. Es, por tanto, naturalísimo que el médico practicante acabe por confundir los dominios de la fantasía y de la realidad. ¿Quién desconoce el papel de muchos médicos, excelentes por lo demás, entre la comparsa de ciertos teatros y de ciertos parajes de romería?

De Emerson, del diario inédito que está publicando **La Revue Bleue**, tomamos los siguientes renglones:

6 de mayo 1848.—Visité esta tarde los mostradores delanteros de las ventas de juguetes (habla Emerson de París). Hay una grandísima cantidad y muy divertidos. El único que codicio no es caro. ¡Para que pudiera yo adquirirlo! Es su lengua. Me muero de envidia de lo que posee aquí el último hombre del pueblo.—La última "blusa" de la calle habla como un académico, cosa imposible en Inglaterra. Yo no hallo diferencia entre el lenguaje de "una blusa" filosofando en un grupo y el lenguaje de un Cousin.—Me parece que todos los franceses tienen de soldado y de orador. El "a plomo" que precisa para ello, no hay francés que no lo posea. El último "gamin" muestra no sé qué elegancia y corte parejo.... Lo que les gusta es lo natural, la claridad verbal de la expresión. El discurso nuevo, lúcido, coherente, los contenta aun más que la idea.

21 de mayo 1848.—He pasado todo el invierno exagerando los méritos de los ingleses a expensas de

los franceses. Estoy ahora revisando mis juicios, y los franceses van creciendo rápidamente ante mis ojos.—En suma, guardo a París la misma gratitud que al éter y al cloroformo. Me place saber que, en caso de amputación, existe tal bálsamo. En el peor extremo, si alguna vez me viera obligado a buscar asilo solitario e independiente, ¡ahí está París! me diría.—Hay esta diferencia entre París y Londres: París ha sido hecho para el extranjero, para su servicio, mientras que en Londres al extranjero se le atraviesa siempre el londinense. Inglaterra ha construido su Londres para uso propio. Francia ha levantado su París para el mundo entero.

Moral y Ciencia.—La moral de la ciencia debería consistir en acordar a la Naturaleza en el orden social y moral la misma confianza que nos inspira su orden admirable en el dominio de la luz, del calor, de la pesantez.... ¡Legislación artificial! ¡Intervención perpetua y brutal del primer travieso llegado al dominio de la Ley: como si la Ley necesitara de su ayuda! ¿Por qué no meter el hombro para ayudar a la Tierra a dar vueltas sobre su eje, o para apresurar la revolución del Sol?

Materia o espíritu.—Todo es materia, todo es espíritu, decís ¿y qué importa? Seguro, estamos en una época de filosofía de identidad. No es degradar al hombre afirmar que el espíritu no es sino el cuerpo más sutil. No es tampoco exaltarlo el afirmar el carácter puramente fenomenal de la materia. Todo depende del sentimiento del filósofo y de la nobleza de su fin.

E. J. R.

HOMENAJE AL DOCTOR DON VALERIANO FERNANDEZ FERRAZ

Señor don Ricardo Falcó Mayor.

La Comisión Organizadora del Homenaje al Maestro don Valeriano Fernández Ferraz, ha dispuesto nombrarlo a usted para integrar el Comité de Honor que presidirá esa fiesta.

Seguros de su aceptación le suplicamos se sirva reunirse con sus compañeros, el domingo entrante, a las nueve de la mañana, en las oficinas de "La Información" para pasar a las nueve y media al kiosko del Morazán, donde se verificará la condecoración solemne y pública del Doctor Fernández Ferraz.

De usted muy atentos y S. S., Modesto Martínez, Ernesto Martín, Arturo Aguilar, Secretario.

Imprenta Moderna, frente a la Biblioteca Nacional, San José.

TENEMOS un personal de circuladores que ha adquirido durante varios años una gran experiencia en la distribución de periódicos en esta capital.

TENEMOS un directorio completo de los habitantes de esta ciudad.

TENEMOS un gran surtido de esuelas mortuorias, matrimoniales, etc.

TENEMOS una imprenta abierta noche y día y un equipo de empleados nocturno y otro diurno.

TENEMOS establecidos los precios más bajos de plaza para la impresión, rotulación y distribución de tarjetas, circulares, invitaciones, etc.

ESTABLECIDOS todos estos hechos, ya sabe el público a quién debe encomendar esta clase de trabajos. Tres horas después de encargadas las tarjetas, estarán impresas, rotuladas y circuladas por toda la capital.

IMPRESA MODERNA

APARTADO 49

Frente á la Biblioteca Nacional

TELEFONO 18